

Madonna, la diosa castigadora

VIDAL ARRANZ

Periodista

Madonna, the punisher goddess.

Abstract

In some audio-visual stories that Madonna elaborates as a complement to her music (either in her video clips or in her scenic montages from her concerts) it is possible to detect the emergency of a Goddess, with which the artist identifies. This Goddess which Madonna identifies with connects a great deal with the attributes that are linked to the ancestral pagan deities. A goddess identified with nature and with the capacity to transform herself into animals and birds. A goddess that combines passion and destruction, and that does not doubt in usurping Jesus Christ and Virgin Mary's roles, to give them a different meaning or even an opposite to the original. A Goddess of phallic features, as an Amazon or Valkyrie, with power to reduce some men to mere pets.

Key words: Goddess. Madonna. Patriarch. Paganism. Virgin.

Resumen

En algunos de los relatos audiovisuales que Madonna elabora como complemento de su música (ya sea en sus videoclips o en los montajes escénicos de sus conciertos) es posible detectar la emergencia de una Diosa, con la que la artista se identifica, que conecta con buena parte de los atributos que se asocian con las ancestrales deidades femeninas paganas. Una Diosa identificada con la naturaleza, y con capacidad para transformarse en animales y pájaros. Una diosa que combina la compasión y la destrucción, y que no duda en usurpar los papeles de Jesucristo y de la Virgen María, si bien para ponerles al servicio de un sentido distinto, o incluso opuesto al original. Una Diosa de rasgos fálicos, cual amazona o valquiria, con poder para someter a unos varones que quedan reducidos a la condición de animales de compañía.

Palabras clave: Diosa. Madonna. Patriarcado. Paganismo. Virgen.

ISSN. 1137-4802. pp. 7-16

¿Por qué ocuparse de Madonna en una publicación como *Trama y Fondo*? Aunque el actual no sea su momento más dulce, lo cierto es que la cantante de Michigan es la artista viva que más discos ha vendido en la historia de la música, sólo superada por los Beatles, Elvis Presley y Michael Jackson, ya desaparecidos. Por no hablar del multitudinario impacto de sus giras, editadas en video regularmente, o retransmitidas por televisión. Por otra parte, es innegable que se trata de una artista con una gran capacidad de influencia en la iconografía y la cultura de nuestro

tiempo. Y ahí están émulas como Lady Gaga, Britney Spears o Miley Cyrus, entre otras muchas, para acreditarlo. Pero es que, además, Madonna ha jugado un papel activo esencial en el destronamiento masculino en el mundo de la música pop. Una industria en la que hoy las mujeres ocupan una posición muy relevante, cuando no claramente predominante. Y ahí está alguien tan lejana a Madonna como Adele para probarlo, pues su disco, de título *21*, es el más vendido en lo que va de siglo.

Nada de esto sería necesariamente relevante, o sería sólo de interés para los aficionados a la industria musical, si no fuera porque, además de música, Madonna vende una imagen de mujer. Y un muy preciso modo de estar en el mundo. Una imagen de mujer que ha ido cambiando con el tiempo, desde el modelo de mujer fálica, dominante, de atributos masculinos, hasta su actual versión como mujer-diosa, que, sin dejar de ser poderosa, reclama, además, ser objeto de una muy especial forma de adoración, aquella que se dispensa a las deidades femeninas.

Desde el principio, Madonna se presentó como una intérprete de imagen camaleónica, capaz de encarnar y jugar, con mayor o menor dosis de ironía, con todo tipo de referentes icónicos y estereotipos de lo femenino (en uno de sus últimos discos, *MDNA*, se atrevía a encarnar sin complejos, a sus más de 50 años, el rol de una animadora). Y así, a lo largo de su carrera, Madonna ha encarnado casi todos los tipos de mujer. Pero no todos. Porque, de entrada, llama la atención que la única imagen con la que Madonna no se ha representado nunca a sí misma sea esta:



Justamente la imagen de una 'madonna', de una mujer con niño. Hay que aclarar que este olvido no obedece a que la cantante de *Material girl* sea una mujer desinteresada de la maternidad, pues nos consta que ha tenido dos hijos biológicos propios. Y, sin embargo, esa dimensión de su feminidad nunca ha ocupado un lugar relevante en su proyección pública, ni en sus espectáculos. A lo más que ha llegado, como veremos, es a mostrar una imagen de compasión hacia los niños, que no es exactamente lo mismo.

En cambio, desde hace tiempo, y muy especialmente en la última década, Madonna sí se

ha representado a sí misma como una Diosa, como la encarnación de distintos tipos de divinidad femenina.

Hay que aclarar que citar a la Diosa no es simplemente una forma de hablar, ni una metáfora, ni una exageración. El libro *La Diosa* de Shurukh Husain, desde su misma presentación, nos proporciona un marco general apropiado en el que situar estas reflexiones: «La imagen de una diosa madre que encarna todos los procesos de la naturaleza ha resultado ser una de las imágenes más espectaculares e influyentes del siglo XX. La diosa, que ha restablecido su antiguo estatus de ser supremo, es actualmente una potente personalidad de prestigio para las feministas, los paganos y los ecologistas, así como para otras personas interesadas en encontrar una forma de vida más armoniosa en el mundo moderno». El ejemplo de Madonna nos permitirá ver hasta qué punto podemos confiar en la Diosa para lograr esa armonía.

Un poco más adelante, al describir sus atributos, Husain explica que la diosa se manifiesta de formas muy distintas y no siempre compatibles con nuestra asentada imagen de la feminidad. «La soberanía, la guerra y la caza forman parte de sus competencias. Es autónoma, sexual y fuerte». Y continúa: «Su esencia radica en que incluye todo: en su interior contiene la totalidad de los opuestos, incluidos lo masculino y lo femenino, la creación y la destrucción». Su objetivo, aparentemente, es lograr el equilibrio.

Pues bien, aun no siendo la que sigue una representación prototípica de la diosa primitiva, habrá pocas imágenes tan contundentes como ésta para abordar la cuestión que nos ocupa:

La imagen corresponde a un momento culminante de la versión videográfica de la gira *Confessions tour*, del año 2007, la gira correspondiente a su disco *Confessions on the dance floor* (*Confesiones en la pista de baile*), que enseguida analizaremos. En estos conciertos, Madonna se presenta a sus seguidores como la encarnación de Jesucristo, o sea, direc-





tamente, como Dios. De los perfiles que presenta esta divinización trata este texto.

Pueden rastrearse algunas claves del proceso de endiosamiento de Madonna en varios videoclips y montajes escénicos. La primera pista quizás la encontremos en el videoclip de *Like a prayer*, donde hallamos imágenes tan provocadoras como éstas de Madonna rodeada de cruces en llamas, o en la que las manos de la cantante muestran llagas similares a las del mismo Cristo.

Pese a la polémica que este video despertó en su momento, en el año 1988, visto hoy parece casi un juego de niños inofensivo, comparado con lo que vendría después. De hecho, estos elementos volverán a reaparecer de forma mucho más cruda.

La siguiente estación de este viaje es el videoclip *Frozen*. Aquí tenemos un desierto sobre el que aparece una mujer vestida con una indumentaria que podemos asociar con la de una hechicera primordial pagana, y que en un momento dado se transforma en pájaros, y en un lobo, y que hasta se duplica y triplica.

Una figura femenina que tiene el poder de dominar y de transformar la naturaleza a su antojo. Aquí está, a mi modo de ver, representada la



diosa pagana, la diosa identificada con la Madre Naturaleza y con sus complejas contradicciones. Una diosa de la creación y de la destrucción, fascinante y seductora, pero que no acepta más singularidad que la suya propia.

Conviene recordar que los mitos y rituales de metamorfosis se asocian tradicionalmente con la diosa pagana. En algunos casos, como las mujeres cambiantes de los navajos, su don se manifiesta en su capacidad para rejuvenecer, pero son habituales los ejemplos de diosas que se transforman en plantas y aún más los de deidades femeninas que se encarnan en pájaros, hasta el punto de que la diosa pájaro es una de las representaciones más habituales de la Diosa. También es muy frecuente su asociación con la figura del león, tal y como muestran los mitos indio y egipcio del cataclismo originario. En ambos casos, las diosas (Durga en la India; Sejmet en Egipto) aparecen vinculadas a leones que cabalgan o que dirigen como expresión de su poder. Una imagen que, como veremos, también evocará Madonna.

De hecho, y volviendo a la artista norteamericana, donde el problema de la diosa toma cuerpo más nítidamente es en la recreación videográfica de la gira *Confessions*, anteriormente citada. Conviene destacar dos momentos clave. El primero es el arranque del concierto, en el que aparece un protagonista esencial y recurrente de todo el montaje: los caballos.

Caballos como encarnación del fascinante poder de lo salvaje, de esa naturaleza que define los dominios de la diosa, pero también como encarnación de una virilidad que debe ser sometida. Una metáfora que el propio desarrollo del montaje explicita sin el más mínimo rubor.

En estas imágenes, Madonna aparece como la gran amazona. Y hay que entender el término amazona no sólo como la versión masculina del jinete, sino literalmente como la encarnación del mito de las amazonas, de las valquirias, de las mujeres guerreras que sometían a unos varones que habían sido



excluidos de su mundo, salvo, como muestra el montaje escénico de Madonna, para ejercer de comparsas, para asumir la función de sirvientes.

Madonna es entonces la reina de unas amazonas que se ocupan de someter con sus fustas a unos hombres/caballo que a duras penas se resisten a su poder y dominio.



Imágenes turbadoras las de estos hombres reducidos a una pura animalidad sometida. Pero, al mismo tiempo,



imágenes tolerables, socialmente aceptadas. A diferencia de las que serían su reverso (un grupo de mujeres reducidas a la condición de fieras vejadas con fustas por varones) que hoy día serían imágenes tabú, prohibidas, directamente irrepresentables.

Ahora bien, imágenes que también recuerdan a esta otra, en la que la diosa india Durga montada a lomos de un león destruye al demonio Mahisa, según se representa en esta pintura del siglo XIX.

Aunque quizás el paralelismo se vea mejor en esta otra imagen:

Estamos ante unos caballos que de algún modo anticipan a los caballos de *Melancolía*, de Lars Von Trier, película en la que el director danés sugiere una más que interesante vinculación entre estos animales y el patriarcado, a través del equino denominado Abraham. Un caballo que Justine monta, al que somete, y que finalmente muere, en una metáfora conmoviente del fin de un mundo, el patriarcal, que Madonna anticipa en su escenificación, aunque de un modo bastante menos sutil.



Pero sigamos con el montaje escénico, porque no conviene olvidar que Madonna aparece en el escenario llegada desde algo muy parecido a una nave espacial.

Un recurso que no es estrictamente original, pero que en este caso refuerza los rasgos deíficos y sobrenaturales con los que se dota el personaje.

El segundo momento de *Confessions tour* nos muestra a la artista ya directamente investida con los atributos de la diosa. Lo hemos visto antes: Madonna aparece elevada sobre una cruz

que evoca a la de Jesucristo y que reproduce no sólo su imagen iconográfica convencional, con su corona de espinas, sino incluso la estética kitsch de postal religiosa.

Madonna aparece aquí como la encarnación de Cristo, pero más bien es una suplantadora. En la parte superior de la pantalla aparece un contador que llegará al número 12 millones, que luego sabremos que es el número de niños huérfanos en África por causa del sida. De este modo aparece

en escena la Diosa caritativa que aprovecha su concierto para pedir a sus fieles que donen dinero para la

causa. Pero ¿cómo lo hace? Pues lo hace rodeada del fuego destructor y creador que caracteriza a las deidades femeninas, y con estas palabras: 'porque cuando estuve hambriento me disteis de comer', 'porque estuve desnudo y me vestisteis', 'porque estuve enfermo y me cuidasteis'.





La cita bíblica no se queda ahí sino que continúa: Y Dios replicó:



‘Cualquiera que haga esto a alguno de mis hijos me lo hace a mí’. Un lema que aparece en pantalla al tiempo que se nos muestra la imagen consternada y sufriente de la diosa piadosa.

De modo que Madonna dice a sus fieles: ‘Si ayudáis a estos niños, me ayudáis a mí’. Y por ese camino se coloca directamente en la posición de Dios. Madonna está tomando la admiración que los fans sienten hacia los artistas, y que habitualmente contiene ya un cierto grado de devoción y endiosamiento, para elevarla de nivel y utilizarla para subirse literalmente al pedestal de la deidad. O, si lo prefieren, para subirse a una cruz que no es escenario de dolor ni de sufrimiento sino cómoda peana. La artista no se conforma con ser una reina admirada y deseada, quiere ser una diosa reverenciada, adorada, y que su nombre se invoque para hacer el bien.



La vocación suplantadora de Madonna la encontramos de nuevo nítidamente en la recreación videográfica de la gira ‘MDNA tour’, del año 2013, basada en su disco ‘MDNA’. El tema que analizamos se titula nada

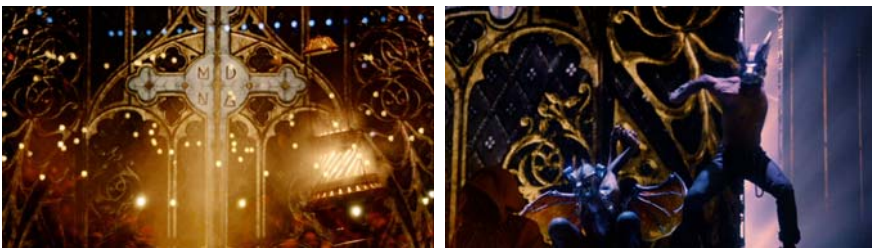
menos que 'Virgen María', otra de las imágenes de la feminidad en las que Madonna nunca se ha reconocido. Que este número lleve tal nombre podría parecer una prometedora innovación en el repertorio iconográfico femenino de la cantante, hasta ahora formado, sobre todo, por mujeres fatales, poderosas y seductoras. Pero no conviene dejarse engañar por las apariencias. A Madonna no le interesa de la Virgen lo que tiene de feminidad contenida, maternal, entregada y pudorosa, sino justamente lo que tiene de parentesco y cercanía con Dios.

La escena arranca con unos monjes que agitan un botafumeiro en lo que simula ser la recreación de una gran catedral.



En el centro aparece una gran cruz en cuyo encabezamiento el acrónimo de Madonna sustituye al de Jesucristo.

Una Catedral que incluso cuenta con los diablos, pequeños monstruos y gárgolas propios de estos edificios.



Solo que ¿será capaz esta catedral de sujetar estas fuerzas demoníacas, como hacen las catedrales católicas que le sirven de referencia e inspiración? ¿Será, de hecho, éste su objetivo?

Las puertas se abren y al fondo aparece esta figura implorante, que a juzgar por el título del tema pretende ser la Virgen María, o al menos la figura de una virgen piadosa.



Pero esta virgen no parece comportarse como tal. Más bien, al contrario, porque lo que hace es destruir la Catedral, hacerla saltar por los aires. Literalmente.

De nuevo la Diosa destructora. Y ésta es la Virgen María de Madonna: una mujer fálica armada con una metralleta.



Así es la Diosa de Madonna: una diosa que predica amor, pero que está rodeada del fuego de la destrucción. Una diosa que se apoya en la iconografía católica, pero que la hace saltar por los aires. Que se identifica con la naturaleza, y con lo salvaje, pero que, sin embargo, somete por la fuerza a esa naturaleza otra, incómoda, de los varones: la virilidad. Y que, al tiempo, se inviste de esa misma virilidad a través del recurso de las armas, que aparecen en sus montajes reiteradamente. Mujeres armadas, valquirias que derrotan siempre a quienes se atreven a enfrentarse a ellas. Diosa, en fin, del enfrentamiento y de la destrucción.